

## **Prefacio**

La agricultura familiar campesina e indígena en Colombia resiste en medio de la ausencia de políticas públicas que deberían estar dedicadas a protegerla y a fomentarla. Durante más de seis décadas de diversos abandonos y violencias, en los campos colombianos se ha reducido de forma creciente el número de familias agricultoras campesinas. Estas migraciones forzadas por la pobreza y las violencias han sido factor de mutación de la cultura campesina. Lo campesino en Colombia está diluido, transformado y hoy es impreciso, ya que decir campesino no significa ser y estar en el campo, viviendo de él y con él y fundamentalmente de la agricultura, es decir, la cultura del agro, del agroalimentario.

Las diferentes violencias han conducido a que Colombia hoy tenga un número de jóvenes que claramente son: soldados campesinos, policías campesinos, guerrilleros campesinos... Las dificultades para pervivir como familias agricultoras, dan cuenta de cómo en los campos colombianos coexisten mineros campesinos y comerciantes campesinos. Sesenta años de crecientes migraciones, forzadas por las violencias y las pobrezas, hoy llamadas desplazamientos, han conducido a que las grandes y medianas urbes estén circundadas por barrios populares ocupados por campesinos de ciudad, que hoy se reconocen como tenderos campesinos, costureras campesinas, obreros campesinos, carpinteros campesinos... Es tal el tamaño de la metamorfosis de la cultura campesina que hay también quienes se autodefinen como políticos campesinos.

A este ritmo de expulsión y desmembramiento de la familia agricultora campesina e indígena se le debe la reducción de la oferta agroalimentaria, que los gobiernos, con aparente sencillez, resuelven aumentando las importaciones de productos, que en otrora provenían de los campos colombianos. Múltiples estudios demuestran que sin familias agricultoras no es posible asegurar la soberanía y autonomía alimentaria. Para el agronegocio y para los agricultores patronales no es de interés cultivar diversidad de productos. Ellos se centran en los pocos productos que les renten a corto plazo, y algunos de ellos no son precisamente alimentos, porque su interés no se centra en cultivar alimentos, sino en producir dinero.

Una sociedad soberana en su alimentación, que ya de por sí es una inmensa soberanía, debe proteger y fomentar la agricultura familiar campesina e indígena. Los legisladores y los administradores de lo público, de hoy y del futuro, tienen una urgente responsabilidad de concretar políticas públicas de protección y fomento de la agricultura familiar, en sus diferentes expresiones: campesina, indígena, afrodescendiente, urbana, periurbana y neorural.

La labor social de cultivar alimentos para la soberanía de toda una nación debe alcanzar el rango de servicio social, como la que tienen los educadores o docentes, los médicos, las enfermeras. El cultivo y distribución de los alimentos de toda una nación debe desvincularse de la lógica del libre mercado (libre oferta - libre demanda). Una sociedad que sostiene financieramente a tantos militares, que mensualmente recibe un salario para mantener la guerra, ¿no podría convertirse en una sociedad más sana y coherente con la vida y la paz, sosteniendo financieramente a las familias agricultoras campesinas e indígenas con un salario mensual digno?

Desde su origen, la agricultura familiar ha alimentado al mundo y le ha permitido a la humanidad expandirse y poblar los territorios. Sin alimento, sin avío, dirían los campesinos de los Andes, los grupos humanos no hubieran explorado caminos nuevos buscando lugares nuevos para poblar. La agricultura familiar hoy sigue alimentando al mundo y sigue conservando la agrobiodiversidad; merece, por tanto, un cuidado especial.

Celebro los esfuerzos de unidad organizacional y académica para realizar estos estudios, convirtiendo este libro en un documento histórico que sienta bases para posicionar, en el imaginario colectivo, la trascendencia e importancia de la agricultura familiar para el futuro de Colombia como una nación en paz, pero sobre todo con justicia social con quienes realizan tal vez una de las labores más dignas: cultivar alimentos para sus hermanos.

Se pretende con los estudios de caso, que en este libro se compilan, mostrar la multifuncionalidad y la multidimensionalidad que se expresa de forma concreta desde la agricultura familiar de composición campesina y con identidad indígena. Desde estos estudios de caso se busca contribuir al conocimiento colectivo y espero que sirvan para tomar las mejores y más oportunas decisiones para proteger y fomentar la agricultura familiar campesina e indígena.

**Mario Bonilla Romero**

Codirector

Confederación Agrosolidaria Colombia